

Mas ¡ay!, si bien sobrábale coraje para agostar su existencia y la de su esposa; no se sentía con fuerzas para atentar á la de Lolita. ¿Por qué sacrificar á aquella tierna criatura? ¿Qué culpa tenía ella del diluvio de pecados y de horrores que había caído sobre su casa? Recordaba su belleza, su inocencia, su gracia, y se le oprimía el corazón pensando en la destrucción de aquel haz luminoso de encantos, que Dios había querido colocar en el seno de su vida, para embellecerla y permutarla.

¿Iba, pues, á quedar impune el delito? Desechada la larga serie de horribles proyectos, ¿no hallaría medio de escarmantar á la culpable? Una oleada de indignación subió de su corazón á su cerebro sólo al pensarlo, y protestó con toda la energía de su voluntad contra aquel desenlace insensato. Su espíritu angustiado por la brevedad del tiempo, entraba en indecible confusión, zumbábanle los oídos como si un huracán soprase dentro de ellos, y sentía la cabeza mareada, cual si fuese navegando á través de una borrasca. Su misma congoja ponía en fuga á las ideas; no bien nacía una, volaba y era sustituida por otra, la cual, igualmente fugaz, se perdía en la obscuridad tempestuosa de los misterios psíquicos.

Tal era su estado cuando, agotadas las fuerzas, dejó el "boudoir" y fué á apostar-

se á la entrada de la casa, determinado á hacer algo terrible, pero ignorando todavía cuál iba á ser su sentencia.

## V

¡AFUERA.!

Como fiera enjaulada, paseó largo tiempo por el portal de la casa, como centinela que guarda y vigila un campo atrincherado para evitar las sorpresas del enemigo. Entretanto que así se agitaba presa de ansia febril, viendo todos los objetos como á través de un sueño, no cesaba de oprimir con la mano diestra el mango del revólver, que se había dejado en la faltriquera. Entretanto, seguía avanzando el tiempo, y Carmen no volvía.

Poco antes de las cinco, oyó sonar por la calle, más y más distintos, pasos rápidos y ligeros que se acercaban á la casa. Su corazón al oír aquel rumor, dió un vuelco doloroso, comprendiendo que había llegado el momento decisivo en que tenía que apelar á toda la energía de la voluntad. A poco, sonaron, en efecto, golpecitos recatados en la madera de la puerta.

Secas las fauces, cubierta la frente de sudor viscoso y difícil la respiración, acu-

dió luego á abrirla. Por ella entró Carmen. La mirada que se dirigieron los esposos en el momento de encontrarse, fué indescriptible: aterrada y agónica la de ella, acusadora y terrible la de él. Durante unos instantes nada se dijeron.

Para poner fin á tan terrible situación, pretendió Carmen pasar adelante; pero él se interpuso.

—¿A dónde vas? le preguntó duramente.

—A casa, repuso ella.

—Esta no es tu casa.

—¿Qué dices! exclamó la joven.

—¿De dónde vienes?

Vaciló la culpable.

—De misa, articuló con voz insegura.

—¡Mientes! gritó el doctor con acento colérico. Todavía no se ha celebrado la primera. Van á ser las cinco.

—Hubo otra ya.

—¡Mientes, repito! Desde que á la media noche te ausentaste, furtivamente y á obscuras, estoy en vela. He recorrido buscándote las calles de la ciudad, y sé que no ha sonado todavía la campana de ninguna torre y que están cerrados los templos.

—No puede ser, insistía ella, aunque con la timidez de los reos ante el tribunal.

—¡Inútil hipocresía!, clamó Salazar ¡Lo sé todo!

—No entiendo.

—Demasiado lo entiendes, mala mujer,

mala madre, perjura. Sé que no eres honrada, que me engañas, y que mientras yo te quería tanto y confiaba en tí como en la mejor de las esposas, mantenías amores clandestinos y arrastrabas mi honra por el lodo.

La conciencia manchada de Carmen le impidió protestar con energía.

—Nicolás, por Dios, no me hables de esa manera; te desconozco. No he dado motivo para ello, dijo.

Su cobarde actitud y sus torpes reproches sirvieron de combustible á la indignación de Salazar.

—¡Nada de comedias! repuso. Has jugado conmigo indigna y fácilmente, porque tuve una fe tan ciega en tu amor, que nunca sospeché de tí cosa alguna, ni me precaví contra tus asechanzas. Hiciste bien en escarnecerme: una confianza tan incauta, no merecía otro pago.

Carmen, turbada, siguió aparentando no comprender, pero con torpeza, y aun intentaba, aunque inútilmente, manifestarse indignada; en tanto que la timidez de su acento revelaba á las claras la sumisión de su conciencia á la voz de la justicia.

—Carmen, prosiguió Salazar con creciente irritación, cuando he venido á esperarte á la puerta de mi casa para impedirte que manches con tu presencia por más tiempo este hogar, debes comprender que estoy bien enterado de todo, y resuel-

to á poner á la situación un remedio radical. Cuando saliste de aquí antes de las dos de la mañana, una alma caritativa me lo avisó por medio de un anónimo. Al principio rechacé la imputación irritado, porque me parecía imposible cupiese en tu alma tanta depravación; pero no te hallé en tu alcoba, ni en la de tu hija, ni en parte alguna de la casa, y salí á la calle buscándote. No habiéndote hallado, volví acá é hice una pesquisa minuciosa en tus aposentos, examinando y destrozando muebles y cajones, hasta que hallé en una gaveta oculta del escritorio, las pruebas fehacientes de tu infidelidad, las cuales están listas y aseguradas allá arriba para el uso que me convenga.

Carmen había creído que Nicolás sólo abrigaba sospechas, más ó menos vehementes, contra ella, pero nó certidumbre, y se había formado la ilusión de poder engañarle una vez más, haciéndole creer en su inocencia; de suerte que, cuando oyó de su boca lo que había hecho y averiguado, quedó aterrada, comprendiendo que había llegado el momento de la crisis que tanto había temido. Así que, perdido el ánimo, obedeciendo á un impulso irresistible y dominada por los remordimientos y por el pesar sincero, aunque tardío, de su falta, cayó de rodillas ante el esposo con las manos enclavijadas y sollozando:

—¡Perdón! ¡perdón!

—¡Quita allá!, repuso Salazar. Mi corazón no perdona; te quise tanto, que no te puedo perdonar. Mi amor se ha convertido en odio y en desprecio. Tanto como te quise antes, así te abomino ahora; así me causa asco tu presencia.

—Nicolás, gemía ella, por nuestra hija, por la salvación de mi alma, perdóname. Te prometo que seré buena. . . . Haz de mí lo que quieras; pero perdóname.

Diciendo esto, se arrastraba sobre las rodillas caminando hacia su esposo y procurando cogerle las manos para besarlas. Y como él se apartaba cual temiendo el contacto de un reptil, ella se inclinaba al suelo como para besarle los pies.

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡No quiero que me toques con esos labios y con esas manos!

Entonces clamó ella con acento patético:

—Nicolás, no tengo para qué negártelo. Soy culpable, muy culpable; tanto más, cuanto que has sido tan bueno para mí y que no te merezco. Nada hay que me justifique: soy un monstruo y merezco castigo. . . . Mátame. . . . Acaba de una vez esta existencia que me pesa. . . . Tienes razón en odiarme y en despreciarme. . . . Mátame. Aquí tienes mi pecho. Castígame por tu propia mano; así me quitarás un peso horrible de la conciencia. Me pare-

cerá dulce la muerte que de tí reciba, y moriré bendiciéndote.

Exasperado Salazar, más bien que conmovido por aquella confesión sin embozo y por aquella demanda de sacrificio, sintió surgir de su pecho un impulso irresistible. Una oleada de sangre le subió del corazón á la cabeza, y todo lo vió rojo; tuvo sabor de sangre en la boca, y una fiera ansia de exterminio, nunca antes sentida, conmovió todo su ser. Y antes de darse cuenta de lo que hacía, empuñó la pistola y apuntó con ella á la cabeza de Carmen. Esta, al ver el arma, lanzó un grito de horror, pero no se movió de su sitio; permaneció de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos, para no ver el disparo.... Un momento más, y partía el tiro....

Pero Salazar se contuvo: recordó la carta de Carmen, y se indignó de seguir á la letra sus indicaciones, y de hacer lo que ella deseaba y había deseado con tanto anhelo, como final desenlace de su crimen.

—No, dijo, no te mato; si te matara, acabaría pronto el castigo. ¡Me parece poco matarte!

La joven, en su turbación, comprendía apenas á su esposo.

—Haz de mí lo que quieras, continuó gimiendo; tienes derecho para todo.

—No tocaré un pelo de tu cabeza, no te daré la satisfacción de terminar tu infame historia con una tragedia. Lo que voy a

hacer es á arrojarte de esta casa que fué tuya, como á un apestado, como á un leproso, como á una can inundo. ¡Afuera, pues, á la calle!

Y diciendo esto, extendió el brazo con ademán imperioso hacia la vía pública, todavía oscura, que se veía por la mal cerrada puerta.

La pobre mujer se estremeció de pies á cabeza, y se levantó, con movimiento instintivo, como para defenderse. El desenlace la cogía de sorpresa. Todos se los había imaginado, hasta los más malos, menos ése.

—¡Afuera!, volvió á decir Salazar. ¿Qué esperas? ¿Que te arroje á viva fuerza?

Mas ella permanecía muda é inmóvil. Su inercia obligó al marido á empujarla hacia el exterior, poniéndole en la espalda la mano vigorosa. Entonces se entabló una lucha repugnante entre los esposos: él para arrojarla á la calle; ella para resistirlo.

—No, Nicolás, suplicaba Carmen gimiendo. No hagas eso; piensa en el escándalo. Vale más que me mates de una vez.

—¿Te parece que matarte no sería escandaloso? ¿Estimas que un homicidio es menos alarmante que una expulsión?

—Oyeme, insistió la pobre mujer, déjame vivir aquí. Me tendrás cautiva en el sótano, en el granero, en la perrera, don-

de quieras; pero no me arrojes de esta casa. Traerás la llave contigo para que nadie me vea: así quedarás satisfecho de mi conducta. Me darás por alimento mendrugos de pan, como á tus perros. Dejarás que mi ropa se caiga á pedazos, hecha girones: me tratarás como á un esclavo, ó como á un loco, y no me quejaré ni imploraré misericordia. Pero me dejarás el consuelo de habitar bajo el mismo techo que mi hija, y oiré su voz de cuando en cuando, y alguna vez podré ver su rostro por las hendeduras de la puerta ó por la cerradura de la llave. Y no me perdonarás nunca, si tu corazón no se conmueve, ó lo harás cuando te plazca, después de haberme castigado muchos años, todos los que quieras, cuando estén arrugado mi rostro, cubierta de canas mi cabeza y envuaga mi espalda.... Hasta que estés persuadido de mi arrepentimiento y hayas saciado tu deseo de justicia.

—Eso quisieras, rugió Salazar empujándola con mayor fuerza; eso quisieras, envolverme de nuevo en tus redes, como lo has hecho desde que te conocí, desde hace cinco años que llevas mi nombre. Bien sabes que una vez dada la primera prueba de debilidad, seguirías obteniendo de mí sucesivas ventajas; podrías abrigar la esperanza de que un día te perdonara movido por tus lágrimas, y de volver á sentarte á mi lado, y de participar de nue-

vo de mi cariño, de mi hogar y de mi vida. Pero no lo lograrás nunca. No quiero admitir ni por un sólo instante la posibilidad de que te rehabilites. Has caído para siempre; nunca podrás levantarte, ni he de permitir que te levantes. ¿Sabes por qué quiero lanzarte á la calle?

—Para matarme de vergüenza.

—Sí, para eso, y porque la calle es tu elemento natural. Allí estarás como el pez en el agua. Tu innata perversidad te inclina al arroyo y á la plaza pública. Quiero dar rienda suelta á tu destino, para que de una vez satisfagas tus bajos instintos. Has vivido á mi lado disfrazada de mujer honesta y haciendo creer á la sociedad que lo eras; y yo, sin saberlo, me he prestado á esa comedia infame, amparándote con mi protección, con mi honradez y con mi nombre. Es tiempo de que concluya la farsa. Hoy te quito la máscara para que todos te conozcan y sepan lo que eres. Anoche todavía, contabas entre la gente de bien y te admitía en su seno la sociedad honorable; cuando amanezca el sol de este día, habrás sido rayada de la lista de tus amigos y serás excluida de los círculos donde eras aplaudida. Y los buenos se apartarán de tí con repugnancia, ante tí se cerrarán todas las puertas, y no te quedará más recurso que ir á unirse con los de tu ralea, y seguir hundiéndote en el vicio todos los días más, hasta

naufragar en el fango, y ahogarte en él.

—¡No!, clamó la joven espantada; ¡de aquí no salgo aunque me mates! No tendrás fuerzas suficientes para hacerme abandonar esta casa, que no sólo es tuya, sino también mía. ¿Quieres acabarme de perder? ¿No te importa la deshonra de tu nombre?

—No te puedes perder más; tienes el alma corrompida. Tu carta me ha hecho ver el fondo de tu corazón, y sé que es más negro y depravado que el de las peores mesalinas. En cuanto á mi nombre ¿crees que el miserable que te ha seducido, le haya tratado con respeto? ¿Eres tan necia que te figuras que tu cómplice haya guardado reserva sobre tu debilidad? Los tenorios son jactanciosos y gustan de hacer alarde de sus buenas fortunas. Tanto tú como yo, podemos estar ciertos de que andamos en las peores bocas desde hace tiempo. ¡Acabarte de perder! Pero ¿cómo puede acabar lo que está terminado! ¿No sabes que has llegado al límite de la perdición, y que hiede tu corazón como muerto de tres días? Quiero que sufras un castigo prolongado, humillante; que vayas sintiendo la aflicción del hundimiento poco á poco, sin que halles tabla á qué asirte, ni pueda salvarte nadie del vergonzoso naufragio. . . . ¡Vamos, á la calle!

—¡No!, volvió á gemir Carmen; ¡te he

dicho que sólo muerta me harás salir de aquí!

—Lo veremos, insistió Salazar impaciente, pero cesando de violentarla. . . . Vas á ver como te obligo á marcharte. Por pasos contados y sin hacer uso de la fuerza, te obligaré á alejarte de este hogar que fué tuyo.

Carmen nada repuso; estaba inmóvil y muda como una estatua.

—Tan pronto como salga la luz, te entregaré á la justicia, rugió el doctor.

—¡A la justicia! clamó la joven como un eco.

—¡Sí, á la justicia! ¡Pues qué! ¿habías creído que tu falta no tenía más castigo que los remordimientos de la conciencia ó la tragedia romántica, ó las lejanas penas de ultratumba? ¿Creías que las leyes humanas se hubiesen desentendido de castigar delitos como el tuyo? Pues te equivocas: el adulterio es, aparte de una infame perfidia para el amor y de una venenosa mordedura para la honra, un crimen legal castigado severamente por todos los códigos. La adúltera tiene sobre sí, á más de la mano del esposo burlado, la de los tribunales y la del gendarme. La ley del crimen contiene disposiciones afrentosas y severas contra las mujeres que manchan el tálamo conyugal, se olvidan de sus deberes y entregan al ludi-

brio público la honra de sus maridos; sin excepción de edad ni condiciones. De suerte que el marido ultrajado tiene acción expedita para denunciar la traición, y para obligar á los jueces á proceder á la aprehensión y castigo de los adúlteros. Eso será lo que yo haga, si te resistes á obedecerme.

Carmen quedó como petrificada al contemplar el inesperado abismo que se abría ante sus plantas.

—Si no te allanas á salir de esta casa por tu voluntad, repitió Salazar, te juro por el Dios que nos crió, que dentro de unas horas estarás en poder de los jueces, quienes, custodiada por agentes de policía, te mandarán á la cárcel pública. Allí te harán entrar en los calabozos donde hormigüea la gente perdida de tu mismo sexo: ladronas, ebrias, prostitutas. Vivirás en comunión con ellas, comerás su mismo pan, desempeñarás sus mismas faenas, y estarás bajo el rigor de la autoridad carcelera, que te maltratará y te encarcerará, como á todos los desechos sociales. Así bajarás de un solo golpe, de la cima que habías usurpado, hasta los abismos de la degradación y de la vergüenza.

La joven horrorizada se tapó la cara con las manos, como si no quisiese ver aquel cuadro ignominioso.

—Tengo allá arriba las pruebas neces-

rias, para demostrar á los jueces que has sido perjura y perversa, prosiguió Salazar. Obran en mi poder las cartas de tu cómplice, su retrato, y un borrador de tu puño dirigido á tu amante. No necesito más para confundirte ante la justicia.

La infeliz comprendió que estaba perdida. Vió, además, una resolución inexorable pintada en el rostro de su esposo. Así que, trémula, sollozante y más blanca que una muerta, articuló:

—¡No, tanto como eso, nó!

Y extendió las manos como para alejar la horrible visión.

—¿De modo que te vas?

—No hay más remedio; pero ¿á dónde?

—A donde quieras, á la casa de tu seductor, á la mancebía, á donde te lleven tus instintos. . . . Eso no me importa.

—¡Ay Dios! gimió Carmen, llevándose las manos al corazón, y pudiendo apenas hablar. ¡Ay Dios de mi alma!

Y vaciló como si fuese á caerse.

—¿Te duele el corazón? Pues quéjate á tí misma. Todo es obra tuya: tú lo has querido. Despreciaste la paz de tu vida, la dicha del hogar y el amor que velaba por tí. Has preferido lanzarte en las aventuras de la infidelidad, á vivir venerada y querida en medio de los tuyos. Te sentabas á mi lado, recibiendo mis caricias y aceptando mis sacrificios, como si los

merecieses, y no pensabas que había aquí (señalándose el pecho) un corazón que te amaba; un corazón todo tuyo, que ibas á desgarrar, y que nunca podría perdonarte, por lo mismo que te había adorado tanto. Apura hasta las heces el cáliz que preparaste.

—Al menos, sollozó la infeliz, permíteme despedirme de mi hija.

—Eres indigna de eso; nunca volverás á sentar la planta en los peldaños que conducen á su habitación.

—Un momento solo, concédeme un momento para decirle adiós y besarle la frente.

—Mancha tu contacto; no pueden tus manos ni tus labios contaminados por el delito, rozar las alas de ese ángel.

—Pero ¿la veré alguna vez? insistió Carmen con agonía.

—¡Nunca! La viste por la última, cuando la dejaste para ir al llamado de tu amante. Hazte la cuenta de que has muerto para ella.

—¿Cómo quieres que la deje sin decirle adiós? protestó gemebunda. Soy su madre, y tengo derecho para verla y para estrecharla contra el corazón.

—Las madres como tú, no tienen corazón ni tienen derechos. Son seres miserables que renuncian á todo, y á quienes todo se les niega. Nada hay de común en

tre ella y tú; has abierto un abismo muy hondo, que te separa de tu hija para siempre.

—Eres cruel; no tienes entrañas.

—Nadie más despiadado que tú..... Pero no perdamos el tiempo en recriminaciones inútiles. ¡Márchate! ¡Afuera! ¡Lejos de aquí para siempre!

Carmen no tuvo fuerzas para resistir ya. Inclino la cabeza, como flor agostada, y sollozando dolorosamente y con el pañuelo en los llorosos ojos, se acercó á la puerta con tardo paso.

Cuando llegó al quicio, empujóla Salazar para apresurar su salida.

Sin proferir una queja, la desolada mujer se fué alejando poco á poco por las calles todavía oscuras y silenciosas. Nicolás, de pie en el umbral de su casa, la miró entrar á distancia en el seno de la sombra, como Abrahám vió á Agar perderse en las inmensidades del desierto, cuando la arrojó de su tienda. Todo lo perdía con ella: paz, amor y dicha. El porvenir se levantaba ante sus ojos más tétrico que la noche del sepulcro. No sabía lo que iba á hacer, ni cómo iba á vivir; pero su resolución era feroz, inexorable.

Con todo, al quedarse solo en aquel hogar, que había sido para él nido de amor



y de dicha por tantos años, se le saltaron las lágrimas, y lloró como sólo se llora en las grandes crisis de la vida; porque en el fondo del corazón no se había reservado una sola esperanza.

Cuando cerraba la puerta, sonaron las cinco de la mañana. Las campanas de las torres tañeron el alba con su lengua de bronce, y los clarines y tambores de los cuarteles sonaron con alegre clamor entonando el himno de la mañana.



## Tres Desenlaces ilógicos